

Historia 26—Ha Resucitado

Se había tenido el mayor cuidado en guardar el sepulcro del Salvador, y la entrada había sido cerrada con una gran piedra. Sobre esta piedra se había colocado el sello romano de tal manera que la piedra no podía ser movida sin romper el sello.

Alrededor del sepulcro estaba la guardia de soldados romanos. Debían vigilar estrictamente, para que el cuerpo de Jesús no fuera molestado. Algunos de ellos caminaban constantemente de un lado a otro frente al sepulcro, mientras los demás descansaban en el suelo cercano.

Pero había otra guardia alrededor de ese sepulcro. Poderosos ángeles del Cielo estaban allí. Cualquiera de esta guardia angelical, al desplegar su poder, podría haber derribado a todo el ejército romano.

La noche que precedía a la mañana del primer día de la semana se ha desgastado lentamente, y ha llegado la hora más oscura, justo antes del amanecer.

Uno de los ángeles más poderosos es enviado desde el Cielo. Su semblante es como un relámpago, y sus vestiduras blancas como la nieve. Él aparta las tinieblas de su sendero, y todos los cielos se iluminan con su gloria.

Los soldados dormidos despiertan y se ponen en pie de un salto. Con asombro y admiración contemplan los cielos abiertos y la visión de brillantez que se acerca a ellos.

La tierra tiembla y se estremece cuando ese poderoso ser de otro mundo se aproxima. Viene en una misión gozosa, y la velocidad y el poder de su vuelo

sacuden al mundo como un poderoso terremoto. Soldados, oficiales y centinelas caen al suelo como muertos.

Había habido todavía otra guardia alrededor del sepulcro del Salvador. Los ángeles malignos estaban allí. Porque el Hijo de Dios había caído en la muerte, Su cuerpo era incluso entonces reclamado como presa de aquel que tiene el poder de la muerte: el diablo.

Los ángeles de Satanás estaban presentes para asegurarse de que ningún poder arrebatara a Jesús de sus garras. Pero cuando el poderoso ser enviado desde el trono de Dios se acercó, huyeron aterrorizados de la escena.

El ángel asió la gran piedra a la entrada del sepulcro y la hizo rodar, como si hubiera sido solo un guijarro. Luego, con una voz que hizo temblar la tierra, clamó:

«Jesús, Tú, Hijo de Dios, sal. ¡Tu Padre te llama!» Entonces Aquel que había obtenido el poder sobre la muerte y el sepulcro salió del sepulcro. Sobre el sepulcro abierto proclamó: «Yo soy la resurrección y la vida». Y la hueste angelical se inclinó en adoración ante el Redentor, y lo recibió con cánticos de alabanza.

Jesús salió con el paso de un conquistador. En Su presencia la tierra se tambaleó, el relámpago fulguró y el trueno rugió.

Un terremoto marcó la hora en que Cristo entregó Su vida. Un terremoto también fue testigo del momento en que la retomó en triunfo.

Satanás estaba amargamente enojado porque sus ángeles habían huido ante la llegada de los mensajeros celestiales. Se había atrevido a esperar que Cristo no volviera a tomar Su vida, y que el plan de redención fracasaría. Pero

al ver al Salvador salir del sepulcro en triunfo, toda esperanza se perdió. Satanás supo entonces que su reino tendría un fin, y que finalmente sería destruido.